

CAPITULO III

LA LEY DEL PROGRESO HUMANO

¹ ¿Cuál es, pues, la ley del progreso humano, la ley bajo la cual avanza la civilización?

² Tiene que explicar clara y concretamente, y no por generalidades vagas o analogías superficiales, por qué, aunque la humanidad, probablemente, empezó con las mismas capacidades y al mismo tiempo, existen ahora tan grandes diferencias en el desarrollo social. Tiene que explicar las civilizaciones paralizadas y las civilizaciones decadentes y destruidas; los hechos generales que elevan la civilización, y la fuerza petrificante o enervadora que el progreso de la civilización ha hecho surgir siempre hasta hoy. Tiene que dar cuenta del retroceso así como del adelanto; de la diferencia de carácter general entre las civilizaciones asiáticas y europea; de las diferencias entre las civilizaciones clásica y moderna; de los diferentes ritmos a que el progreso avanza, y de aquellos ímpetus y arranques y paradas del progreso que son tan perceptibles como fenómenos menores. Y así, debe mostrarnos cuáles son las condiciones esenciales del progreso, cuáles los arreglos sociales que lo alientan y cuáles los que lo retardan.

³ No es difícil descubrir esta ley. No tenemos sino mirar, y la veremos. No pretendo darle precisión científica, sino tan sólo señalarla.

⁴ Los estímulos para el progreso son los deseos inherentes a la

naturaleza humana: el deseo de satisfacer las necesidades de la naturaleza animal, las necesidades de la naturaleza intelectual y las necesidades de la naturaleza sociable; el deseo de ser, saber y hacer; deseos que, por su inmensidad, no pueden quedar nunca satisfechos, porque crecen a medida que se satisfacen.

5 La mente es el instrumento por el cual el hombre avanza y por el cual cada avance es asegurado y convertido en punto de apoyo para nuevos adelantos. Aunque cavilando no puede añadir un codo a su estatura, el hombre puede, cavilando, extender su conocimiento del Universo y su poder sobre él, y esto, en cuanto podemos ver, en grado ilimitado. La brevedad de la vida humana sólo permite al individuo avanzar corto trecho; pero aunque cada generación pueda hacer poco, sin embargo, las generaciones subsiguientes, con lo alcanzado por sus predecesoras, pueden elevar gradualmente el estado de la humanidad, como los pólipos coralíficos, edificando una generación sobre la obra de la anterior, se elevan gradualmente desde el fondo del mar.

6 El poder mental es, por consiguiente, el motor del progreso, y los hombres tienden a avanzar en proporción al poder mental empleado en progresar —el poder mental que se consagra a extender los conocimientos, perfeccionar los métodos y mejorar las condiciones sociales.

7 Pero el poder mental es una cantidad fija —es decir, el trabajo que el hombre puede hacer con su inteligencia tiene un límite, como lo tiene su trabajo corporal; por lo tanto, el poder mental que se puede consagrar al progreso, es únicamente el que resta después de aplicar el necesario a fines no progresivos.

8 Estos fines no progresivos en que se consume poder mental pueden clasificarse como de conservación y de conflicto. Por conservación entiendo no sólo el sustento de la existencia, sino el mantenimiento de la condición social y la conservación de los progresos ya alcanzados. Por conflicto entiendo no sólo la guerra y la preparación para ella, sino todo el gasto de poder mental

hecho para procurar la satisfacción del deseo a expensas de los demás y para resistir a esta agresión.

9 Comparemos la sociedad a un bote. Su avance por el agua no dependerá del esfuerzo total de su tripulación, sino del esfuerzo dedicado a propulsarlo. Este sería disminuido por todo empleo de fuerza requerido para achicar agua y por todo empleo de fuerza en pelear entre sí o en propulsarlo en diferentes direcciones.

10 Ahora bien, como en un estado de aislamiento todas las facultades del hombre son necesarias para mantener la existencia, y el poder mental queda libre para más altos usos sólo gracias a la asociación de los hombres en colectividades, que permite la división del trabajo y todas las economías procedentes de la cooperación de un mayor número, la asociación es la primera condición esencial del progreso. La mejora se hace posible cuando los hombres se reúnen en asociación pacífica, y cuanto más vasta y compacta sea la asociación, mayores serán las posibilidades de progreso. Y como el despilfarro del poder mental en el conflicto resulta mayor o menor, según que se vulnere o acate la ley moral que concede a todos derechos iguales, la igualdad (o justicia) es el segundo requisito esencial para el progreso.

11 Por lo tanto, la asociación en la igualdad es la ley del progreso. La asociación deja libre el poder mental para emplearlo en perfeccionamientos, y la igualdad (o justicia o libertad, porque estos vocablos aquí significan lo mismo: el acatamiento de la ley moral) impide la disipación de este poder en luchas estériles.

12 He aquí la ley del progreso, que explicará todas las diversidades, todos los avances, todas las paradas, todos los retrocesos. Los hombres tienden a progresar en cuanto se reúnen más compactamente, y por la mutua colaboración aumenta el poder mental que pueden dedicar al perfeccionamiento; pero así que se suscita el conflicto o la asociación desarrolla desigualdad de condición y de poder, esta tendencia al progreso disminuye, se refrena y finalmente se invierte.

13 Dada la misma capacidad innata, es evidente que el desarrollo

social será más rápido o más lento, se detendrá o retrocederá, según las resistencias que encuentre. De un modo general, estos obstáculos al perfeccionamiento pueden ser clasificados, con relación a la sociedad misma, en externos e internos, obrando aquéllos con mayor fuerza en los comienzos de la civilización y haciéndose los segundos más importantes en los últimos períodos.

14

El hombre es social por naturaleza. No es necesario cogerle y amansarle para inducirle a vivir con sus semejantes. El extremo desamparo con que viene al mundo y el largo período indispensable para adquirir la plenitud de sus facultades, le hace necesaria la familia, que, según podemos observar, es más amplia, y en sus ampliaciones más fuerte, en los pueblos primitivos que en los más cultos. Las primeras sociedades son familias que se dilatan hasta formar tribus las cuales aún conservan una mutua relación de consanguinidad, y hasta cuando han llegado a ser grandes naciones invocan una común ascendencia.

15

Dados seres de esta clase, colocados en un globo de superficie y climas tan variados como éste, es evidente que, hasta con igual capacidad e igual punto de partida, el desarrollo social tiene que ser muy diverso. El primer límite o resistencia a la asociación procederá de las condiciones de la Naturaleza física, y como éstas varían muchísimo según la localidad, han de manifestarse las correspondientes diferencias en el progreso social. En el rudo estado del saber, en que la subsistencia ha de contar principalmente con los dones espontáneos de la Naturaleza, la rapidez del aumento neto y la proximidad en que puedan permanecer los hombres a medida que aumentan, dependerán en gran parte del clima, suelo y configuración física. Donde son necesarios mucho alimento animal y ropa de mucho abrigo; donde la tierra parece pobre y avara; donde la vida exuberante de los bosques tropicales se mofa de los débiles esfuerzos del hombre bárbaro para dominarla; donde montañas, desiertos o brazos de mar separan o aíslan a los hombres, la asociación y el poder de perfeccionamiento que ésta origina sólo pueden andar poco trecho al prin-

cipio. Pero en las ricas llanuras de los climas cálidos, donde la existencia humana puede mantenerse con menos consumo de fuerzas y de un área mucho menor, los hombres pueden vivir más juntos, y el poder mental que al principio puede consagrarse al perfeccionamiento es mucho mayor. De aquí que la civilización surja naturalmente primero en los grandes valles y mesetas, donde encontramos sus más primitivos monumentos.

16 Pero estas diferencias de condiciones naturales no sólo producen directamente diferencias en el desarrollo social, sino que, al producir diferencias en el desarrollo social, hacen surgir en el hombre mismo un obstáculo o mejor una fuerza activa contraria al adelanto. A medida que las familias y tribus se van separando unas de otras, cesa de actuar entre ellas el sentimiento social y nacen diferencias en el lenguaje y costumbres, tradición y religión, o sea en todo el tejido social que cada pueblo, grande o chico, teje constantemente. Con estas diferencias, los prejuicios crecen, nacen animosidades, el contacto produce fácilmente querellas, la agresión engendra la agresión, y el agravio provoca la venganza (1). Y así, entre estos conjuntos sociales separados, nacen el sentimiento de Ismael y el espíritu de Caín, la guerra se hace crónica y, al parecer, relación natural de las sociedades entre sí; y las facultades de los hombres se gastan en el ataque o la defensa, en recíproca carnicería y destrucción de riquezas o en preparativos guerreros. Cuán duraderas son estas hostilidades lo

(1) Cuán fácilmente la ignorancia se trueca en desdén y antipatía; cuán natural nos es considerar cualquiera diferencia de maneras, costumbres, religión, etc., como prueba de la inferioridad de aquellos que difieren de nosotros, quienes, en cierto grado, se han emancipado de los prejuicios y quienes se mezclan con las diferentes clases sociales, pueden verlo en la sociedad civilizada. En religión, por ejemplo, el espíritu del himno: «Prefiero ser bautista y llevar un rostro resplandeciente — Que ser metodista y caer siempre en desgracia», es observable en todas las sectas. Como dijo el obispo inglés: «Ortodoxia es mi doxia, y heterodoxia es toda otra doxia», ai par que la tendencia universal es clasificar como paganos o ateos a todos los ajenos a las ortodoxias y heterodoxias de la religión prevaeciente. E igual tendencia se observa en cuanto a las demás diferencias.

prueban en la actualidad los aranceles protectores y los ejércitos permanentes del mundo civilizado; cuán difícil es librarse de la idea de no haber hurto en robar a un extranjero, lo prueba la dificultad en conseguir un tratado internacional sobre propiedad literaria. ¿Pueden extrañarnos las perpetuas hostilidades de tribus y clanes? ¿Puede extrañarnos que, estando cada pueblo aislado de los otros, cuando cada uno, sin ser influido por los demás, urdía por separado el tejido de su ambiente social, al que ningún individuo puede sustraerse, la guerra fuese la regla y la paz la excepción? "Ellos eran como somos nosotros."

17

Ahora bien, la guerra es la negación de la asociación. La separación de los hombres en diversas tribus, acrecentando la guerra, estorba así el progreso; mientras en las comarcas donde es posible un gran aumento en el número de habitantes sin separarse mucho, la civilización gana la ventaja de eximirse de la guerra de tribus, aunque el pueblo en conjunto lleve la guerra fuera de sus fronteras. De modo que, donde es más leve la resistencia de la Naturaleza a una asociación estrecha de los hombres, es probable que al principio se siente menos la fuerza negativa de la guerra; y en las ricas llanuras donde la civilización empieza primero, ésta se puede elevar a una gran altura mientras las tribus dispersas son bárbaras todavía. Y así también, cuando pueblos pequeños y separados viven en un estado de guerra crónica, que impide el adelanto, el primer paso para su civilización es la llegada de alguna tribu o nación conquistadora que junta los pequeños pueblos en uno mayor, en el cual se conserva la paz interna. Donde este poder de asociación pacífica es destruido por agresiones exteriores o disensiones internas, el adelanto acaba y el retroceso empieza.

18

Pero no es sólo la conquista la que ha promovido la asociación y, librando el poder mental de las necesidades de guerra, ha promovido la civilización. Si las diversidades del clima, suelo y configuración de la superficie de la tierra obran al principio desuniendo la especie humana, también obran favoreciendo el

cambio. Y el comercio, que en sí mismo es un modo de asociarse o colaborar, promueve la civilización, no sólo directamente, sino creando intereses opuestos a la guerra y, disipando la ignorancia, madre fecunda de los prejuicios y animosidades.

Y así también la religión. Aunque las formas que ha tomado y las animosidades que ha despertado han dividido frecuentemente a los hombres y producido la guerra, ha sido, sin embargo, otras veces, el medio de promover la asociación. A menudo, un culto común, como entre los griegos, mitigó la guerra y proporcionó la base de la unión; como del triunfo del cristianismo sobre los bárbaros de Europa, surgió la civilización moderna. Al despedazarse el Imperio romano, si no hubiese existido la Iglesia cristiana, Europa, privada de todo vínculo de asociación, podía haber caído en una condición poco superior a la de los indios norteamericanos, o sólo hubiera recibido la civilización con un sello asiático, de las conquistadoras cimitarras de las hordas invasoras, fusionadas en un poder inmenso por una religión que, surgiendo en los desiertos de Arabia, reunió tribus separadas desde tiempo inmemorial y, difundándose, asoció en una fe común una gran parte de la raza humana.

Echando una ojeada a lo que sabemos de la historia del mundo, vemos brotar la civilización dondequiera que los hombres se asocian, y desaparecer dondequiera que la asociación se disgrega. Así, la civilización romana, extendiéndose en Europa por las conquistas que aseguraron la paz interna, fue abatida por las incursiones de los pueblos nórdicos, que rompieron de nuevo la sociedad en fragmentos sin conexión; y el progreso que ahora continúa en nuestra civilización moderna, comenzó cuando el sistema feudal empezó de nuevo a asociar los hombres en colectividades mayores, y la supremacía espiritual de Roma puso a estos pueblos en mutua relación, como sus legiones lo habían hecho antes. A medida que las ligaduras feudales se convirtieron en autonomías nacionales, y la cristiandad mejoró las costumbres, dio a luz las ciencias que había ocultado durante los días de

oscuridad, reanudó los lazos de unión pacífica con su omnipresente organización, y, con sus órdenes religiosas, enseñó la asociación, se hizo posible un mayor progreso, el cual, a medida que los hombres han entrado en asociación y colaboración cada vez más compactas, ha proseguido con una fuerza cada vez mayor.

21 Pero nunca comprenderemos la marcha de la civilización y los variados fenómenos que presenta su historia, sin un examen de lo que podemos llamar resistencias internas o fuerzas contrarias, nacidas en el corazón de una sociedad que avanza, y únicas que pueden explicar cómo una civilización, una vez puesta en franca marcha, llega a paralizarse por sí misma o a ser destruida por bárbaros.

22 El poder mental, que es el motor del progreso social, queda libre por la asociación, que es (y acaso podría llamársela con más propiedad) una integración. La sociedad en este proceso se hace más compleja; sus individuos, más dependientes unos de otros. Las ocupaciones y funciones se especializan. En vez de andar errante, la población se estabiliza. En vez de esforzarse cada hombre en satisfacer todas sus necesidades, las diferentes ocupaciones o actividades se separan: un hombre adquiere habilidad en una cosa y otro en otra. Lo mismo sucede con los conocimientos, el conjunto de los cuales tiende constantemente a hacerse más vasto de lo que un hombre puede abarcar, y se divide en diversas partes, que diferentes individuos adquieren y prosiguen. Así también la celebración de las ceremonias religiosas tiende a pasar a manos de una clase de hombres dedicados especialmente a este objeto; y la defensa del orden, la administración de la justicia, el reparto de las cargas públicas y la distribución de recompensas, la dirección de la guerra, etc., tienden a convertirse en las funciones especializadas de un Estado organizado. En fin, usando el lenguaje con que Herbert Spencer ha definido la evolución, el desarrollo de la sociedad, con relación a sus componentes individuales, es el paso de una indefinida e incoherente homogeneidad a una definida y coherente hetero-

geneidad. Cuanto más bajo es el estado de desarrollo social, tanto más la sociedad se parece a uno de aquellos organismos animales inferiores que carecen de órganos o miembros y a los cuales se les puede amputar una parte sin que mueran. Cuanto más elevado sea el grado de desarrollo social, tanto más la sociedad se asemeja a los organismos superiores en los cuales las funciones y facultades están especializadas y cada miembro depende vitalmente de los otros.

23 Ahora bien, este proceso de integración, de especialización de funciones y poderes, tal como se verifica en la sociedad, va acompañado de una propensión constante a la desigualdad, en virtud de lo que es quizá una de las más profundas leyes de la naturaleza humana. No quiero decir que la desigualdad sea el resultado necesario del desarrollo social, sino que es la tendencia constante de éste, si no va acompañada de cambios en la organización social que aseguren la igualdad en las nuevas condiciones que el crecimiento produce. Significo, por decirlo así, que la vestidura de leyes, costumbres e instituciones políticas, que cada sociedad se forja, tiende constantemente a hacerse demasiado estrecha, a medida que la sociedad se desarrolla. Significo, por decirlo así, que el hombre, a medida que avanza, se interna en un laberinto, en que, si marcha siempre de frente, se extraviará infaliblemente, y a través del cual sólo la razón y la justicia pueden mantenerle continuamente en el sendero del progreso.

24 Porque mientras la integración que acompaña al crecimiento tiende por sí misma a dejar libre el poder mental para conseguir mejoras, hay a la vez, en el aumento del número y la mayor complicación del organismo social, una tendencia opuesta hacia un estado de desigualdad que malgasta el poder mental y, a medida que crece, detiene el progreso.

25 Investigar hasta su más alta expresión la ley que así hace surgir con el progreso la fuerza que lo paraliza, sería, me parece, alejarse hacia la solución de un problema más profundo que el de la génesis del universo material: el problema de la génesis del

mal. Me limitaré a señalar cómo, a medida que la sociedad se desarrolla, nacen las tendencias que enfrenan dicho desarrollo.

26 Hay dos cualidades de la naturaleza humana, que será conveniente recordar ante todo. Una de ellas es la fuerza de la costumbre: la tendencia a continuar haciendo las cosas del mismo modo; la otra es la posibilidad de la perversión mental y moral. El efecto de la primera en el desarrollo social, es el de perseverar en los hábitos, costumbres, leyes y métodos, mucho después de que éstos hayan perdido su utilidad primitiva; y el efecto de la otra es permitir el desarrollo de instituciones y maneras de pensar, contra las cuales se sublevan instintivamente las ideas normales del hombre.

27 Ahora bien, el aumento y avance de la sociedad no sólo hacen a cada uno más dependiente de los demás y reducen la influencia del individuo, hasta sobre su propia situación, sino que la asociación o integración da origen a un poder colectivo que se puede distinguir de la suma de las fuerzas individuales. Analogías (o quizá mejor, ejemplos de la misma ley) se encuentran en todas direcciones. A medida que los organismos animales crecen en complejidad, sobre la vida y el poder de las partes nace una vida y poder del todo; sobre la capacidad de movimientos involuntarios, la capacidad de movimientos voluntarios. Las acciones e impulsos de un conjunto de hombres son, como se ha observado frecuentemente, distintos de los que bajo las mismas circunstancias brotan de los individuos. Las aptitudes combativas de un regimiento pueden ser muy diferentes de las que tienen los soldados individualmente. Pero no son necesarios los ejemplos: en nuestras investigaciones sobre la naturaleza y origen de la renta hemos señalado lo mismo a que me estoy refiriendo. Donde la población es escasa, la tierra no tiene valor; tan pronto como los hombres se reúnen, surge y crece el valor de la tierra— algo que se distingue claramente de los valores producidos por el esfuerzo individual; un valor que brota de la asociación; que aumenta a medida que la asociación se hace mayor, y desaparece tan pronto

como la asociación se disgrega. Y lo mismo ocurre con el poder en otras formas que las generalmente expresadas en términos de riqueza.

28

Ahora bien, al crecer la sociedad, la inclinación a continuar la organización social anterior, tiende a colocar este poder colectivo, a medida que se eleva, en manos de una parte del pueblo; y esta distribución desigual de la riqueza y poder sobrevienidos al avanzar la sociedad, tiende a producir mayor desigualdad, pues la agresión crece con aquello que la alimenta, y la idea de justicia se borra por el hábito de tolerar la injusticia.

29

Así, la organización patriarcal de la sociedad puede fácilmente transformarse en monarquía hereditaria, en la cual el rey es como un dios sobre la tierra, y las muchedumbres, meras esclavas de su capricho. Es natural que el padre sea el jefe de la familia y que, al morir, su hijo mayor, por ser el miembro de más edad y experiencia, le suceda en la dirección. Pero persistir en esta organización cuando la familia se dilata, es transferir el poder a una línea particular de la misma, y el poder así transferido sigue aumentando necesariamente, a medida que el caudal común se hace mayor y el poder de la sociedad crece. El jefe de la familia se convierte en rey hereditario, que llega a considerarse a sí mismo y a ser considerado por los demás como un ser con derechos superiores. Aumentando el poder colectivo respecto del individual, su poder para recompensar y castigar crece, y, de igual modo, aumentan los estímulos para adularle y temerle; hasta que, finalmente, si el proceso no se interrumpe, una nación se envilece a los pies de un trono, y cien mil hombres trabajan penosamente durante cincuenta años para preparar una tumba a uno de su misma especie mortal.

30

Así también, el jefe de una pequeña cuadrilla de salvajes no es sino uno de entre ellos, que sus compañeros siguen por ser el más valiente y el más astuto; pero cuando grandes conjuntos actúan reunidos, se hace más difícil la selección, una obediencia más ciega se hace necesaria y puede ser exigida por la fuerza, y

de las mismas necesidades de la guerra, cuando se hace en gran escala, nace el poder absoluto.

31 Lo mismo sucede con la especialización de funciones. Hay una manifiesta ganancia en el poder productivo cuando el desarrollo social ha ido tan lejos que, en vez de intimarse a todos los productores a dejar su trabajo para ir al combate, se puede especializar una fuerza militar permanente; pero esto tiende inevitablemente a la concentración del poder en manos de la clase militar o de sus jefes. La conservación del orden interno, la administración de justicia, la construcción y conservación de las obras públicas y, notablemente, las ceremonias religiosas, todo tiende, de un modo análogo, a pasar a manos de clases especiales, dispuestas a exagerar sus funciones y a extender sus poderes.

32 Pero la gran causa de la desigualdad es el monopolio natural conferido por la posesión de la tierra. Las primeras ideas del hombre parecen ser siempre que la tierra es propiedad común; pero los toscos artificios por los cuales ésta se establece primeramente —tales como repartos anuales o cultivo en común— son sólo compatibles con un bajo grado de desarrollo. La idea de propiedad que naturalmente surge respecto a las cosas de producción humana, fácilmente se transfiere a la tierra, y una institución que, cuando la población escasea, se limita a asegurar a quien emplea y mejora la tierra la debida recompensa de su trabajo, al fin, cuando la población aumenta y la renta crece, obra despojando de sus salarios al productor. No sólo esto, sino que la apropiación de la renta para fines públicos, lo cual, en un elevado desarrollo social, es el único medio de conservar constantemente la tierra como propiedad común, se convierte, cuando el poder político y religioso pasa a manos de una clase, en propiedad de dicha clase sobre la tierra, y el resto del pueblo se convierte en mero colono. Y la guerra y las conquistas, que tienden a la concentración del poder político y a la institución de la esclavitud, conducen naturalmente a la apropiación del suelo, donde el crecimiento social ha dado valor a la tierra. Una clase dominante

que concentra el poder en sus manos, pronto concentra de igual modo la propiedad de la tierra. A ella le corresponderán grandes porciones del país conquistado, que los anteriores habitantes cultivarán como arrendatarios o siervos, y el dominio público o tierras comunales, que, en la marcha natural del desarrollo social, en todos los países se conservan por algún tiempo (y, en cuyo estado, el sistema primitivo del cultivo aldeano deja tierra para pastos y bosques), son fácilmente adquiridos en propiedad, como vemos en ejemplos modernos. Y una vez establecida la desigualdad, la propiedad de la tierra tiende a concentrarse a medida que el desarrollo prosigue.

33

Trato sólo de establecer el hecho general de que, por lo común, a medida que la población se desarrolla, la desigualdad tiende a producirse por sí misma, y no de señalar los efectos particulares, que, en circunstancias diferentes, necesariamente han de variar. Pero este hecho principal hace comprensible todos los fenómenos de letargo y retroceso. La desigual distribución del poder y de la riqueza ganados por la integración de los hombres en sociedad, tiende a frenar y contrarrestar, por último, la fuerza que realiza los perfeccionamientos y hace avanzar a la sociedad. Por una parte, las masas del pueblo se ven obligadas a consumir sus poderes mentales en sólo sustentarse. Por otra, el poder mental se gasta en sostener e intensificar la desigualdad, en la ostentación, el lujo y la guerra. Una comunidad dividida en una clase que domina y otra dominada —en muy ricos y muy pobres—, podrá “edificar como gigantes y pulir como joyeros”; pero serán monumentos de cruel orgullo y de estéril vanidad o de una religión trocada, desde su misión de elevar al hombre, en un instrumento para tenerle subyugado. La invención podrá avanzar durante algún tiempo y hasta cierto punto, pero será la invención del refinamiento y del lujo, no las invenciones que alivian el trabajo y aumentan el poder. En los misterios de los templos o en los gabinetes de los médicos de la Corte se podrá explorar todavía la ciencia; pero será ocultada como un secreto, y si osa salir a la

luz para elevar el espíritu general o ennoblecer la vida común, será perseguida como una innovación peligrosa. Pero la desigualdad, al par que tiende a disminuir el poder mental consagrado a progresar, tiende a hacer al hombre enemigo del progreso. Cuán fuerte es la adhesión a los viejos métodos en las clases que permanecen en la ignorancia por estar obligadas a trabajar por la mera subsistencia, es harto sabido para necesitar ejemplos; y del otro lado, es también notoria la tendencia conservadora de las clases a quienes la actual organización social da ventajas especiales. Esta tendencia a resistir a las innovaciones, aun siendo mejoras, se puede observar en toda organización especial —en religión, en jurisprudencia, en medicina, en la ciencia, en los gremios de artesanos—, y se hace tanto más intensa cuanto más compacta es la organización. Una corporación cerrada tiene siempre a las innovaciones y a los innovadores una antipatía instintiva que es sólo la expresión del temor instintivo de que la mutación destruya las barreras que la separan de la grey común, arrebatándole así su importancia y poder; y siempre está dispuesta a guardar cuidadosamente su propio saber o habilidad.

³⁴ De este modo, la petrificación sigue al progreso. El aumento de la desigualdad necesariamente hace detenerse el progreso, y cuando aquélla persiste o provoca reacciones infructuosas, absorbe hasta el poder mental necesario para conservarlo, y comienza el retroceso.

³⁵ Estos principios hacen inteligible la historia de la civilización.

³⁶ En las sociedades donde el clima, el suelo y la configuración física tienden menos a separar los hombres cuando se multiplican, y donde, por esta causa, nacieron las primeras civilizaciones, las resistencias internas al progreso se desarrollaron de un modo más regular y completo que donde comunidades más pequeñas que en su aislamiento desarrollaron diferencias, se reunieron después en una asociación más compacta. Esto explica, me parece, los caracteres generales de las civilizaciones primitivas, comparadas con las posteriores de Europa. Tales pueblos homogéneos, ev-

lucionando desde el principio sin el tropel de los conflictos entre diferentes costumbres, leyes, religiones, etc., han de presentar una mayor uniformidad. Las fuerzas concentradoras y conservadoras obrarían, por decirlo así, todas juntas. Ni se contrarrestarían entre sí caudillos rivales, ni diversidades de creencias refrenarían el crecimiento del influjo del clero. El poder político y religioso, la riqueza y el saber tenderían a reunirse en los mismos centros. Las mismas causas que tendieron a producir al rey hereditario y al sacerdote hereditario, tenderían a producir el artesano y el labrador hereditarios y a dividir la sociedad en castas. El poder que la asociación dejaba libre para el progreso sería así malgastado, y se levantarían barreras contra el progreso futuro. La energía sobrante de las masas sería dedicada a la construcción de templos, palacios y pirámides, a fomentar el orgullo y sostener el lujo de sus gobernantes; y si alguna disposición a la mejora se manifestaba entre las clases acomodadas, sería refrenada en seguida por temor a la innovación. Desarrollándose la sociedad de este modo, ha de parar al fin en un conservadurismo que no permite el progreso ulterior.

37

Cuánto tiempo se prolongará tal estado de completa petrificación, una vez alcanzado, parece depender de causas externas, porque la férrea cadena del ambiente social reprime con creciente vigor tanto las fuerzas disolventes como las progresivas. Una sociedad semejante puede ser conquistada muy fácilmente, porque una vida de trabajo sin esperanza ha domesticado las multitudes del pueblo para una resignación pasiva. Si los conquistadores se limitan a tomar el sitio de la clase gobernante, como los hicsos lo hicieron en Egipto y los tártaros en China, todo seguirá como antes. Si saquean y destruyen, de la magnificencia del palacio y del templo quedan sólo las ruinas, la población se enrarece y la ciencia y el arte se pierden.

38

La civilización europea tiene un carácter diferente de las civilizaciones del tipo egipcio, porque no dimana de la asociación de un pueblo homogéneo que avanza desde su principio, o al menos

durante mucho tiempo, bajo las mismas condiciones, sino de la asociación de pueblos que, mientras estuvieron separados, adquirieron características sociales distintas, y cuyos pequeños Estados impidieron que continuase durante más tiempo la concentración del poder y la riqueza en un solo centro. La configuración física de la península griega es tal, que ya al principio, dividió al pueblo en pequeñas comunidades. A medida que estas minúsculas repúblicas y nominales reinos cesaron de despilfarrar sus energías en la guerra, y se extendió la pacífica colaboración mercantil, la luz de la civilización resplandeció. Pero el lazo que las unía nunca fue bastante fuerte para evitar a Grecia la guerra entre tribus, y cuando la conquista la hizo cesar, la tendencia a la desigualdad, que había sido combatida de varias maneras por los sabios y hombres de Estado griegos, produjo sus consecuencias, y el valor y el arte y la literatura griegos se convirtieron en cosa del pasado. Del mismo modo, en el nacimiento y expansión, en la decadencia y ruina de la civilización romana se puede ver la obra de estos dos principios de la asociación y la igualdad, de cuya combinación nace el progreso.

39 Teniendo su origen en la asociación de los labradores independientes y ciudadanos libres de Italia, y adquiriendo nuevas fuerzas por las conquistas que pusieron en relación común las naciones hostiles, el progreso romano dio la paz al mundo; pero la tendencia a la desigualdad, enfrenando, ya desde el principio, el verdadero progreso, creció a medida que se extendió la civilización romana. Esta no se aletargó, como sucede a toda civilización homogénea, donde las fuertes cadenas de la costumbre y la superstición, manteniendo al pueblo sujeto, le protegen también, probablemente, o al menos conservan la paz entre gobernantes y gobernados; sino que se corrompió, y declinó y cayó. Mucho antes que los godos y vándalos arrollaran el cordón de las legiones, hasta cuando sus fronteras avanzaban, el corazón de Roma estaba muerto. Las grandes propiedades arruinaron a Italia. La desigualdad secó la fuerza y destruyó el vigor del mundo romano. El

gobierno se convirtió en un despotismo, que ni el asesinato podía moderar; el patriotismo se convirtió en servilismo; en público se hacía gala de los vicios más inmundos; la literatura cayó en puerilidades; fue olvidada la ciencia; sin el asolamiento de la guerra, distritos fértiles se convirtieron en desiertos; por todas partes la desigualdad produjo la decadencia, política, mental, moral y material. La barbarie que abatió a Roma no vino de fuera, sino de dentro. Fue el resultado inevitable del sistema que había sustituido con esclavos y colonos a los independientes labradores de Italia, y trinchaba las provincias en propiedades de las familias senatoriales.

40

La civilización moderna debe su superioridad al aumento de la igualdad con el aumento de la asociación. Dos grandes causas contribuyeron a esto: el reparto del poder concentrado entre innumerables pequeños centros, por el influjo de las naciones del Norte, y la influencia del cristianismo. Sin la primera, hubieran sobrevenido el letargo y la lenta decadencia del Imperio de Oriente, donde la Iglesia y el Estado se hallaban estrechamente unidos, y la pérdida del poder exterior no alivió la tiranía interna. Y sin la otra, hubiera sobrevenido la barbarie, sin principio de asociación o mejora. Los pequeños jefes y señores alodiales, que por todas partes asumieron la soberanía local, se refrenaban mutuamente. Las ciudades italianas recobraron su antigua libertad, se fundaron ciudades libres, arraigaron los municipios rurales, y los siervos adquirieron derechos al suelo que cultivaban. La levadura de las ideas teutónicas de igualdad actuó a través de la desorganizada y descoyuntada estructura social. Y aunque la sociedad se rompió en un sinnúmero de fragmentos distintos, sin embargo, la idea de una asociación más íntima estaba siempre presente; existía en el recuerdo de un Imperio; existía en las aspiraciones de una Iglesia universal.

41

Aunque el cristianismo se extravió y adulteró al filtrarse a través de una civilización corrompida; aunque se introdujeron dioses paganos en su panteón, formas paganas en su ritual, ideas

paganas en su credo; sin embargo, su idea esencial de la igualdad de los hombres nunca fué completamente destruida. Dos cosas de la mayor importancia contribuyeron a la civilización incipiente: el establecimiento del Papado y el celibato del clero. El primero evitó que el poder espiritual se concentrase en las mismas filas que el poder temporal; y el último impidió el establecimiento de una casta sacerdotal, en un tiempo en que todos los poderes tendían a una forma hereditaria.

42 En sus esfuerzos por la abolición de la esclavitud; en su tregua de Dios; en sus órdenes monásticas; en sus concilios, que unían las naciones; en sus edictos, que circulaban sin consideración a las fronteras políticas; en una señal puesta en las manos del más humilde origen, ante la cual los más altivos se postraban; en sus obispos, que por la consagración se igualaban a los más altos nobles; en su "Siervo de los Siervos de Dios", porque tal era su título oficial, que, en virtud del anillo de un simple pescador, reclamaba el derecho de ser árbitro entre las naciones, y cuyos estribos los reyes sostenían, la Iglesia, a pesar de todo, era un promotor de la asociación, un testimonio de la igualdad natural de los hombres; y la Iglesia misma nutrió un espíritu que, cuando la primera obra de asociación y emancipación estaba casi realizada —cuando las ligaduras que había forjado llegaron a ser fuertes y la cultura que había conservado se dio al mundo—, rompió los hierros con los cuales hubiera encadenado la mente humana, y en una gran parte de Europa agrietó su organización.

43 El origen y crecimiento de la civilización europea es un asunto demasiado vasto y complejo para trazar en pocos párrafos su adecuada perspectiva y relaciones; pero en todos sus detalles, así como en sus rasgos principales, pone de manifiesto la verdad de que el progreso adelanta al par que la sociedad tiende a una asociación más compacta y a una igualdad mayor. La civilización es colaboración. Unión y libertad son sus factores. El gran desarrollo de la asociación —no sólo por la formación de comunidades mayores y más densas, sino por el aumento del comercio y

la variedad de los cambios que mantienen unida a cada comunidad y la enlazan con las demás por separadas que estén—; el desarrollo de la legislación internacional y civil; los avances en la seguridad de la propiedad y de las personas, en libertad individual y tendencia al gobierno democrático —avances, en una palabra, hacia el reconocimiento de la igualdad de derechos a la vida, a la libertad y a la busca de la felicidad—, es lo que hace a nuestra civilización mucho más grande y elevada que cualquiera de sus predecesoras. Esto es lo que ha libertado el poder mental que ha rasgado el velo de la ignorancia que ocultaba al saber del hombre todo el globo salvo una pequeña porción de él; que ha medido las órbitas de las giratorias esferas, y nos permite ver agitarse y palpitar la vida en una gota de agua; lo que nos ha abierto la antecámara de los misterios de la Naturaleza, y nos ha leído los secretos de un pasado hace mucho tiempo sepultado; lo que ha puesto a nuestro servicio fuerzas físicas junto a las cuales los esfuerzos del hombre son mezquinos, y ha aumentado el poder productor con mil grandes inventos.

⁴⁴ En aquel espíritu fatalista al cual he aludido como predominante en la literatura actual, es moda hablar aun de la guerra y la esclavitud como instrumentos del progreso humano; pero la guerra es lo opuesto a la asociación; no puede ayudar al progreso más que cuando evita una guerra mayor o rompe las barreras antisociales, que son por sí mismas una guerra pasiva.

⁴⁵ En cuanto a la esclavitud, no puedo comprender de qué manera puede haber contribuido al establecimiento de la libertad, y la libertad, sinónimo de igualdad, es, desde el estado más primitivo en que se puede imaginar al hombre, el estímulo y la condición del progreso. La idea de Auguste Comte de que la institución de la esclavitud destruyó el canibalismo es tan fantástica, tan imaginaria, como la humorística opinión de Elia (1) sobre la manera de haberse aficionado la humanidad al cerdo

(1) Seudónimo del poeta inglés Charles Lamb. (*N. del T.*)

asado. Supone que una propensión que nunca se ha encontrado desarrollada en el hombre sino como resultado de las más anti-naturales condiciones —la más horrenda necesidad o las supersticiones más brutales (1)— es un impulso primitivo del hombre, y que éste, el animal superior hasta en su más ruin estado, tiene apetitos naturales que los brutos más nobles no manifiestan. Y así sucede también respecto a considerar la esclavitud como el origen de la civilización, al proporcionar a los dueños tiempo libre para progresar.

⁴⁶ La esclavitud no contribuyó nunca ni pudo contribuir al progreso. Tanto si la sociedad consiste en un amo único y un esclavo único, como si en miles de amos y millones de esclavos, la esclavitud implica necesariamente un despilfarro de la energía humana,, porque además de ser menos productivo el trabajo del esclavo que el trabajo libre, el poder de los amos se malgasta también en guardar y vigilar a sus esclavos, y se desvía de la dirección en la cual se encuentra realmente el progreso. Desde el principio hasta el fin, la esclavitud, como todas las demás negaciones de la igualdad natural entre los hombres, ha estorbado e impedido el progreso. El progreso se dificulta proporcionalmente a la importancia del papel que la esclavitud desempeña en la organización social. A la universal extensión de la esclavitud en el mundo clásico se debe indudablemente que la actividad mental, que tanto lustre dio a la literatura y tanto refinó el arte, no alcanzara ninguno de los grandes descubrimientos e inventos que caracterizan la civilización moderna. Ningún pueblo esclavista ha sido nunca pueblo inventivo. En una sociedad esclavista, la clase superior puede llegar a ser suntuosa y refinada, pero nunca inventiva. Todo lo que degrada al trabajador y le roba el fruto de su trabajo, frena el espíritu de invención e impide utilizar los inventos y descubri-

(1) Los isleños de Sandwich honraban a sus buenos jefes comiéndose sus cuerpos. A sus jefes malos y tiránicos no los tocaban. Los neozelandeses creían que, comiéndose a sus enemigos, adquirían la fuerza y el valor de éstos. Y éste parece el origen general de comerse a los prisioneros de guerra.

mientos hasta cuando están ya hechos. Sólo la libertad tiene el mágico poder de evocar los genios que custodian los tesoros de la tierra y las fuerzas invisibles del aire.

47

La ley del progreso humano ¿qué es sino la ley moral? En la medida en que las disposiciones sociales promuevan la justicia, reconozcan la igualdad de derechos entre los hombres, aseguren a cada uno la libertad perfecta, limitada sólo por la igual libertad de los demás, la civilización progresará. En cuanto dejen de hacerlo, la civilización progresiva tiene que hacer un alto y retroceder. La Economía política y la Ciencia social no pueden dar lección alguna que no esté comprendida en las sencillas verdades enseñadas a pobres pescadores y aldeanos judíos por Uno que hace dieciocho siglos fue crucificado —las sencillas verdades que, bajo las deformaciones del egoísmo y las distorsiones de la superstición, parecen ser el cimiento de toda religión que, en cualquier tiempo, haya procurado formular los anhelos espirituales del hombre.